

Los jorobados

El pequeño pueblo languidecía sereno bajo el sol del atardecer. A la familia Olmedo le pareció un buen lugar para vivir. Los tres niños correataron por la sencilla casa mientras sus padres los miraban sonriendo y pensando cuánto les duraría esa felicidad. Tenían poco equipaje, casi lo justo, algo así como un equipo básico, de esos que se toman con rapidez para los casos de emergencia.

—¿Tendremos que ir a la escuela aquí también mamá? —preguntó temerosa Estela, la hija mayor de doce años.

—¿Qué dices mami? ¿Tendremos que ir o nos podemos quedar en casa? —agregó Alonso, el hijo del medio.

—Yo sí quiero ir —aseguró la pequeña Amelia de cinco años—, a mí no me da miedo la escuela como a ustedes... —presumió con valentía.

—¡Ah! Tú qué sabes..., no has tenido que soportar a esos niños malos porque eres muy chica todavía... —le contestó enojado su hermano.

—Bueno, ya basta de discutir niños, ahora es tiempo de acomodarnos en este nuevo pueblo que será nuestro hogar por el tiempo necesario...y esperemos que sea un sitio de gente amable. De a poco iremos conociéndolos —concluyó su padre, mirando a su esposa con esperanza.

Al pasear por el pueblo los Olmedo notaron las miradas sobre ellos. La mujer de la tienda no quitaba la vista de la espalda de la singular familia. Todos tenían una

joroba, incluso a la más pequeña también se le comenzaba a notar un bulto que le sobresalía en la espalda. Todos se fijaron en ellos, pero nadie decía nada, solo intercambiaban miradas llenas de sorpresa y curiosidad. La familia sabía que pronto comenzarían las habladurías, tal como pasaba en todos los lugares en donde habían vivido los últimos años, de sur a norte del país, en todas partes era igual: primero los miraban con cierto disimulo, luego indiscretos, después murmuraban a sus espaldas para terminar burlándose descaradamente de sus físicos. A ellos ya no les importaba gran cosa esa actitud tan desagradable de la mayoría de las personas, con los años habían aprendido a soportarlo, pero a los niños les costaba mucho aún aceptar las burlas, que en la escuela eran igual de desagradables.

—¿Por qué nos miran tanto papá? ¿Es que nunca han visto gente como nosotros? —preguntó la más pequeña que no entendía tanta curiosidad.

—Es que somos fenómenos, Amelia —le contestó con rabia su hermana mayor—. ¡Tenemos jorobas, qué no ves!

—Pero eso es algo lindo... ¿Verdad mamá? —preguntó la niña con su carita sonriente y expectante.

—¡Por supuesto que sí hija! Somos tan hermosos como los demás, sólo un poco diferentes, pero hermosos, así que no tenemos que hacer caso de las burlas de los que no entienden eso —dijo la madre intentando disimular la tristeza en sus ojos.

En la escuela las burlas no se hicieron esperar, a pesar de las advertencias de los profesores la mayoría de los alumnos encontraron un nuevo juego burlándose de

los niños jorobados. Aunque ellos no respondían a las provocaciones, los seguían molestando.

Los hermanos jorobados soportaban estoicos el acoso infantil y parecían muy a gusto cuando jugaban entre ellos, sin nadie que los molestara, como si estuvieran acostumbrados a unirse y protegerse del resto. La profesora se había cansado de aplicar castigos a los burlescos alumnos, pero ella misma no podía dejar de mirar las feas jorobas que les sobresalían a esos extraños niños nuevos. A pesar de tener unas agradables facciones, algo en ellos le provocaba un rechazo. Notaba un modo raro en su forma de moverse, con pasos inseguros, como si se fueran a caer en cualquier momento y de repente sus cuerpos se desplazaban por fracciones de segundo como si perdieran gravedad. “Seguro que perdían el equilibrio por su terrible defecto físico” —pensaba ella.

Se habían hecho tantas ilusiones en ese lindo lugar, pero resultó que el pueblito era igual a los anteriores, intolerantes y groseros. Ya estaba decidido. Con una gran pena en sus rostros ordenaron la casa dejando todos los muebles como hacían siempre. Apenas asomó el alba tomaron su pequeño equipaje y partieron caminando hacia un solitario y peligroso barranco.

La madre abrazó a sus hijos y su padre les dijo que no debían temer, que adonde irían estarían mejor. Luego todos se fueron quitando las capas de tela con las que cubrían sus jorobas. Los extraños bultos fueron quedando expuestos al aire, luego comenzaron a moverse y sacudirse a la tenue luz del frío amanecer. Juntos comenzaron a estirar y sacudir unas grandes y hermosas alas replegadas tras la espalda. Hasta la pequeña Amelia batió sus alitas nacaradas hasta que quedó

flotando en el aire. En un magnífico vuelo familiar se fueron lejos buscando un nuevo hogar.

El pequeño pueblo despertaba mientras las bandadas de aves migratorias ya comenzaban a surcar el cielo grisáceo del comienzo de otoño y sus ordenadas formaciones apuntaban a las nubes oscuras cuajadas de llanto.

De su paso por aquel pueblo indolente, solo quedaron algunas preciosas plumas esparramadas sobre las camas y otras tantas alrededor del barranco.